

Carolina Sanín

**Los niños**

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para Tomás*

*GLORIA: I asked you once if I could be your mother.  
You didn't want that.*

*PHIL: Do you want to be my mother? You could be my  
mother. I don't have any mother. No more mother. So  
you could be my mother. Why would you want to be  
my mother?*

*GLORIA: I don't know. Just want to clear things up.*

*PHIL: You're my mother. You're my father. You're my  
whole family. You're even my friend, Gloria. You're my  
girlfriend, too.*

JOHN CASSAVETES, *Gloria*

I

Laura Romero oyó que la mujer que cuidaba los carros frente al supermercado le ofrecía un niño. Oyó que le decía: *Le tengo al niño*. Pero Laura no sabía si la mujer sí cuidaba los carros. Sabía que después de hacer la compra le daba una limosna como si le pagara un trabajo y que nunca se le había perdido el carro. Quizá eso se debía a que lo dejaba allí en horas de luz y mucho tránsito, pero también era imaginable que la mujer tuviera influencia sobre los ladrones. Que fuera su madre, por ejemplo.

Laura parqueaba el Renault en la bahía de estacionamiento de la Olímpica, que así se llamaba el supermercado. La mujer la veía llegar y asentía con la cabeza o, si estaba lo suficientemente cerca, le decía: *Se lo cuido*. Laura entraba en el supermercado, hacía la compra, salía y ponía unas monedas en la mano de la mujer mientras pensaba que quizá pagaba por no estar desvincijada como ella, con la cara como estrellada, allá afuera todo el día.

La mujer tenía pinta de haber estado al borde de la muerte en otra edad. Más que enferma, parecía curada antiguamente. Podía ser que no durmiera o hubiera caminado desde lejos; de tan lejos, que parecía no haber llegado todavía. ¿Eran cicatrices o eran manchas lo que tenía en la cara? Parecían mapas de islas.

Laura vivía a pocas cuadras de la Olímpica, así que con frecuencia iba a pie y aprovechaba para pasear a Brus, su perro. Lo dejaba atado a la reja del supermercado y a veces, a la salida, encontraba junto a él a un transeúnte que se había detenido a contemplarlo y decía que qué belleza, qué maravilla, que de qué raza era.

En Bogotá no eran comunes los galgos. Algunas personas creían que aquel perro era un ejemplar flaco de una raza que les era conocida, al que le había tocado en suerte un mal humano. Un día, en el parque Simón Bolívar, Laura sufrió que le dijeran *¡Dele comida, gorda!*, y no se sintió gorda aunque no fuera esbelta como el galgo ni como ella misma veinte años atrás. Era morena y tenía el pelo largo, con dos ondas, con más canas que cuantas alcanzaba a verse en el espejo. Cuando consiguió al niño y comenzó la historia de los dos, ya quienes la conocían llevaban una década diciendo de ella *Fue una belleza*.

Cada vez que un extraño le preguntaba cómo se llamaba el perro, Laura respondía algo diferente: Fénix, Brillo, Espina, Cuervo, Colibrí. Creía que llamarlo de distintas maneras lo protegía; que así era menos probable que alguien se lo llevara de la puerta del supermercado o

de otra parte. Cuando lo llamaran ¡*Ánima!* o ¡*Nardo!* o ¡*Cardo!*, él no volvería la mirada. Quien lo quisiera para sí o lo quisiera para mal tendría que hacer fuerza. Al final podía prevalecer y llevárselo, pero no llevarse el nombre verdadero, que la seguiría acompañando solo a ella.

En varias ocasiones, la mujer que cuidaba los carros se había ofrecido a cuidar al perro mientras Laura hacía la compra, pero ella siempre decía que no, gracias, que él prefería esperarla solo en la entrada.

Brus era del color de la arena clara de las playas. En la cara larga y la mirada equívocamente confiada, se parecía a la mujer que cuidaba los carros.

Hasta aquí los antecedentes de la tarde en que Laura oyó que la mujer decía *Le tengo al niño*.

Ella estaba agachada, atando al perro en la entrada del supermercado, cuando sintió que alguien le soplabá palabras en la nuca. Le pareció que lo hacía una voz sin piernas que la sustentaran, la llevaran y la detuvieran, pero se volvió y ahí estaba la mujer. Hasta entonces, lo único que le había oído decir era el *Se lo cuido*, que sonaba como pidiendo algo y pidiendo perdón. La voz que habló del niño le pareció distinta, descansada, como después de haberse sacudido desde la raíz, y no como suenan las voces de los vivos, que hablan mientras avanzan.

—¿Qué dice?

—Que le tengo al niño —dijo la mujer, y en la repetición la voz bajó un escalón del descanso en el que Laura la había puesto.

La mujer extendió la mano para señalar al perro y

explicar que estaba ofreciéndose a acompañarlo afuera mientras su dueña hacía la compra.

Laura se negó como de costumbre y entró en la Olímpica. Llevaba en la mano un lápiz y una lista escrita en un papel. Leía una palabra de la lista, agarraba del estante la cosa correspondiente a la palabra, la ponía en la cesta y tachaba la palabra con el lápiz. Cada vez que miraba el papel leía también otra cosa, que no estaba escrita:

*Aceite. La mujer me ofreció un niño. Quería darme a uno de sus hijos, pero mi reacción la hizo vacilar y, para disimular, quiso hacerme creer que llamaba «niño» a Brus.*

*Cebolla. La mujer no quería deshacerse de su hijo. Si se me ocurrió pensar que quería dármelo, eso se debe a que yo querría recibirlo.*

*Perejil. La mujer se refirió a Brus como «niño» porque ella misma transformó a un niño en Brus, por medio de un hechizo, antes de que él fuera mi perro.*

*Huevos. Tal vez al llamar a mi perro con nombres de animales, plantas y cosas, yo compongo una receta para hechizarlo.*

*Pimienta. Tal vez ella cuida los carros frente al supermercado con solo mirarlos, lanzándoles un conjuro.*

Salió del supermercado, buscó a la mujer y le dio las monedas que siempre le daba. Mejor dicho, le dio otras monedas, que se sumaron a las que le había dado las otras veces. Aunque era posible que sí fueran siempre las mismas:



que la mujer pagara con ellas un pan en el supermercado al final de la jornada, y al día siguiente la cajera se las devolviera a Laura como cambio del billete con el que ella pagaba su compra.

Laura regresó a su apartamento, guardó la lista de mercado en la cocina, en el cajón de los cubiertos, y preparó una tortilla con los ingredientes que había comprado. No compraba sal, pues de eso tenía en abundancia. En el cuarto del servicio, que no estaba habitado por nadie de servicio, guardaba un bulto. Su familia materna era dueña de una salina en la montaña, y a ella le correspondía mensualmente un poco de sal, además de un cheque por su porción de las utilidades y por las porciones de su hermano muerto y de su madre, que la había hecho su heredera en vida.

No volvió a la Olímpica al día siguiente porque las tortillas que preparaba alcanzaban para comer tres veces al día durante dos días. Volvió al tercer día, a pie y con Brus, y la mujer que cuidaba los carros no estaba. En su lugar había otra más joven, con un niño y una niña que la seguían como dos patos a través de la bahía de estacionamiento. Los tres estaban limpios, bien vestidos. La mujer llevaba botines de tacón alto y un traje de paño azul a rayas. Tenía el pelo rubio y recogido en un moño trenzado, y nadie habría pensado que estaba allí para cuidar carros o perros. Como había hecho la otra la última vez, se acercó cuando Laura se agachó a anudar a la reja la trailla.

—Le tengo el perro —dijo.

Laura alzó la mirada e iba a decir que no, gracias, que

no necesitaba que se lo tuvieran, cuando la otra le preguntó si sabía *hablar idiomas*. Dijo que sus hermanitos no hablaban español y no tenían a nadie a quién decirle lo que querían. Que si por favor aceptaba hablar con ellos.

Los niños dieron un paso al frente. Habían reconocido que el perro era un galgo. Preguntaron en inglés si había sido corredor. Si ella lo había rescatado de un canódromo o si lo tenía desde cachorro. Si había apostado por él. Que por el amor de Dios, se lo diera. Que cómo se llamaba.

Mostraban las palmas mientras preguntaban, como esperando una limosna. Laura no pudo decirles un nombre que no fuera el verdadero y volvió a su casa con el perro, sin haber entrado en el supermercado. Avanzó como a empujones, empujada por el susto que le habían producido esas personas con su concierto raro.

No compró comida ni comió durante los dos días siguientes. A la hora del desayuno pasaba en el carro por la bahía de asfalto de la Olímpica para ver si los pordio-seros limpios seguían allí. Divisaba a la rubia, volvía a asustarse y seguía de largo. Al tercer día, cuando la otra, la estragada, había recuperado su lugar en el estacionamiento, pudo volver a entrar en el supermercado.

Aunque el niño que llegó un mes después no tuvo que ver aparentemente con nada de esto, en el recuerdo de Laura quedó escrito que ella lo pidió la tarde en que, según le pareció, la mujer que cuidaba los carros le ofrecía un niño.

Aunque el niño que llegó dijo tener seis años y medio, Laura quiso leer, en su recuerdo, que había sido conce-

bido la misma tarde en que lo pidió, mientras preparaba una tortilla de huevos con los ingredientes que había comprado en la Olímpica.

Quedó escrito en la memoria de Laura que, al tercer día de la concepción, la rubia de hermanitos extranjeros sopló para que el corazón del niño que se llamó Fidel empezara a latir.

Era como si, para Laura, recuerdo, deseo y promesa fueran una sola cosa, una cosa que a la vez fuera distinta de las tres.